

El círculo virtuoso de la política social

(Borrador inédito)

Comencemos situando a quien nos lee ante la más candente actualidad, ante una red de retos que llenan cada día las páginas de nuestros periódicos: el reto de la atención a mayores y menores que no podemos, por más tiempo, suponer que será asumido al modo clásico por la familia tradicional; el reto de la inmigración y de la integración de las personas inmigrantes, con derechos y deberes, en las sociedades de acogida; el reto de las nuevas formas de exclusión, vulnerabilidad, inseguridad y riesgo con la carga de violencia familiar, comunitaria y social que conllevan frecuentemente estos fenómenos. No necesitamos aportar muchos datos para darnos cuenta de que estamos hablando de cuestiones de calado que nos preocupan.

Observemos, sin embargo, cómo se nos presentan frecuentemente esos fenómenos, cómo los representamos y los abordamos. Por una parte nos aparecen como fenómenos negativos o indeseables sin que muchas veces se nos ayude a comprender en qué medida, en todos los casos, se trata de la otra cara de la moneda de valiosos logros por los que mucho hemos luchado tales como, por ejemplo, los progresos en la atención de salud, la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación o la progresiva superación de la brecha de desigualdad entre mujeres y hombres. Por otra parte, muchas veces los percibimos como hechos aislados, sin relación con otros hechos y, sobre todo, como situaciones sobre las que no tenemos control, que nos vienen dadas, como el buen o el mal tiempo.

Ciertamente esta idea de la inevitabilidad es especialmente propagada por aquellas personas e instituciones que, un día sí y otro también, intentan convencernos de que poco tienen que hacer los poderes públicos ante esos viejos y nuevos problemas sociales. Es más, nos dicen, casi cualquier intento de asumir una responsabilidad pública acerca de esos fenómenos de riesgo, vulnerabilidad, dependencia o exclusión social acostumbra a ser contraproducente y a desencadenar unos efectos no deseados, de

carácter tanto económico como cultural, mucho más peligrosos que aquellos que queríamos abordar.

Así, quien quiere presentarse públicamente con un discurso favorable a mayores y mejores compromisos en materia de política social se ve enfrentado a la poderosa pinza que se forma entre los sectores económicos e institucionales que propugnan una cada vez más radical mercantilización de la respuesta a las necesidades sociales y los no insignificantes sectores sociales que tienden a no percibir como rentables las políticas solidarias.

¿Hay alguna salida para esta situación? ¿No tenemos otra solución que una sociedad cada vez más dualizada, fragmentada, agresiva e insegura? ¿No hay ninguna fórmula política, económica y culturalmente viable de reconstruir solidaridades y seguridades en quiebra? ¿Qué margen de maniobra tienen las políticas públicas para hacerlo? ¿Hay fórmulas progresistas e innovadoras que permitan nuevos avances en materia de derechos sociales y de integración social? Creemos que sí. Y sobre todo creemos que, mejor temprano que tarde, hemos de encontrar esos caminos si queremos una sociedad que siga mereciendo, de verdad, ese nombre.

Ahora bien, también estamos convencidos de que toda estrategia que pretenda seguir anclada en los esquemas de solidaridad del pasado está condenada al fracaso. Todo discurso que pretenda situarse sin más en las viejas dialécticas acabará haciendo agua ante ortodoxias y poderes económicos y carecerá de viabilidad cultural y política para la construcción de mayorías políticas. ¿Cómo es posible, entonces, construir propuestas que sean radicalmente solidarias con probabilidades de éxito en sociedades satisfechas encuadradas en un marco como el de integración europea?

Ahí es donde vemos el papel de unos poderes públicos más proactivos que recuperen el sentido y el orgullo de una acción pública al servicio del conjunto de la ciudadanía. Unas administraciones públicas que, una vez resituadas en una sociedad-red en la que no pueden reclamar su clásica centralidad, se reorientan estratégicamente buscando nuevos posicionamientos y nuevas legitimaciones. Una acción pública que desde un conocimiento y reconocimiento de la compleja realidad social es capaz de desencadenar poderosas sinergias y resultados sociales.

Ese es el círculo virtuoso de la política social. El que es capaz de poner en marcha una intervención pública de proximidad, pegada a los problemas y a las propuestas de la ciudadanía. Una acción pública capaz de brindar a las familias los apoyos que éstas necesitan para construir su identidad y cumplir su papel. Una política pública que no instrumentaliza sino que potencia el caudal solidario de la iniciativa social. Unos servicios públicos para todas las personas que representen una red de acogida, prevención y seguridad y que detecten situaciones de exclusión, abandono, maltrato o violencia y aporten seguridad antes de que sea tarde. Una política social que contribuya, en su caso, a construir y regular mercados sociales en los que se dinamice la provisión de servicios reclamados por la ciudadanía sin detrimento de la universalidad, equidad y garantía de derechos de las personas.

Basta de complejos, basta de demonización de lo público, basta del *sálvese quien pueda*. Basta de declaraciones en función de modas o actuaciones puramente reactivas y hechas para la galería cuando salta el enésimo escándalo en forma de explosión racista, violencia doméstica o abandono de mayores. Basta de planificación social hecha de pura inercia o simple incrementalismo. Basta de políticas que, bajo la bandera de la eficiencia acaban por minar las bases éticas y sociales que, finalmente, son tan necesarias para la propia eficiencia económica. Pues sin sociedad no hay economía que valga y sin capital social, sin tejido social, sin confianza social, no es posible la creación sostenible de riqueza para todas las personas, ni, posiblemente para unas pocas.

Todos los retos con los que empezábamos nuestro artículo han de obtener respuesta. El círculo virtuoso de la política social es posible. Los polos del debate ya no son estado y mercado. No se trata de menos estado y más mercado o menos mercado y más estado. Se trata de más estado, más mercado y, sobre todo, más sociedad. Y ello no es posible, a nuestro juicio, sin una renovada apuesta estratégica por una nueva proactividad pública en materia de política social. Mayor y mejor integración de las personas inmigrantes, apoyo efectivo a las familias, prevención de conflictos sociales, emergencia a la luz de trabajo sumergido, creación de empleo, más y mejor capital humano, incremento de la seguridad en nuestras ciudades, relegitimación de lo público, dinamismo de la economía real y sociedad cada vez más activa y participativa son algunos eslabones de ese círculo virtuoso de la política social que es factible poner en marcha, hoy y aquí.

Nuestras sociedades complejas reclaman de las políticas públicas un compromiso proactivo no sólo en relación con las *infraestructuras* materiales o las *superestructuras* del

conocimiento sino también, y especialmente, con las *estructuras* sociales. Superando el viejo paternalismo o asistencialismo pero con conciencia de la necesidad de buscar nuevas formas y mecanismos de proximidad y sinergia entre las intervenciones públicas y la siempre necesaria construcción de una verdadera sociedad civil activa y participativa, única garantía última de la democracia y el bienestar en el mundo.

www.fantova.net